

se, ni turbasse, porque el verdadero siervo de Dios siempre debe querer lo que quiere Dios, y no vá delante, si no sigue su voluntad, que quando viniessse la muerte por mano de tan buen Señor, sería muy bien venida, pues sería para acabar los trabajos, peligros, y miserias desta vida, y entrar en el gozo del Señor; que cada vno se aparejasse con la oracion, y penitencia para aquella ora. Con estas palabras, y otras que les dixo el Santo, se enternecieron, y consolaron, y animaron, y apercibieron, y dentro de cinco meses murieron de varias enfermedades ciento y diez y seis dellos, y quedarõ solos veinte y quatro: para que todos nos admiremos de los secretos juizios de Dios, que dado que no sean ocultos, nunca son injustos, y no seamos curiosos en investigarlos, sino humildes en reverenciarlos, y sepamos, que no por morir los hombres, desfallacen las obras del Señor. Poco despues dió vn recio dolor de costado á S. Mauro, del qual haziendose llevar delante del Altar de San Martin, recostado sobre su cilicio, se armó de los Santos Sacramentos, y rico de merecimientos acabó el curso desta vida mortal á los quinze de Enero, del año de quinientos ochenta y tres, segun Baronio, siendo de edad de poco mas de setenta y dos años; de los quales vivió en el siglo doze, y veinte con su Padre S. Benito, y quarenta en Francia, donde murió, como lo escribe en su vida Fausto, que fue su compañero en la jornada, y en el Monasterio que fundó, y avia sido criado desde la edad de siete años del mismo Padre San Benito. Fue este glorioso Santo devotissimo, obedientissimo, humilidissimo de gran caridad, de estremada penitencia, en la vida, y en la muerte admirable, por los muchos, y grandes milagros que obró Dios por el verdadero hijo, è imitador de su Padre San Benito, gloria, y ornamento de su Religión. Supliquemos al Señor, que nos de gracia por los merecimientos de imitar sus virtudes, para que despues gozemos el premio dellas. Haze del mencion San Gregorio Papa en el libro segundo de los Dialogos, donde escribe la vida de San Benito.

VIDA DE SAN IVAN CALYBITA
Confessor

EN la vida de San Juan Calybita, que A 15. DE ENERO
hallá en el primer Tomo del Padre Fray Lorenzo Surió; y tenemos vn perfecto exemplo para vencer el mundo, y para conócer lo que puede vn hombre flaco, favorecido de la gracia de Iesu Christo. Huvo en Roma vn Cavallero muy principal, rico, y noble, y que avia tenido grandes cargos en la guerra, que se llamava Eutropio, y estava casado con vna señora en todo igual suya, por nombre Theodora. Tuvieron estos Cavalleros tres hijos, los dos mayores aplicaron á los negocios de la Republica, y de su casa; y el tercero, y menor de todos al estudio de las buenas letras. Llamavase Iuan, y dese de niño fue muy bien inclinado, y modesto, y con la agudeza, y viveza de su ingenio, de tal manera aprendió las ciencias que le enseñaron, que siendo de edad de doze años causava admiracion á sus mismos Maestros, y á los que le trataban. Estando, pues, ocupado en sus estudios, sucedió que vn santo Monge de vn Monasterio donde estava, vino á Roma, para passar en peregrinacion á Ierusalen, y por caridad fue hospedado en el mismo Colegio donde Iuan habitava: y viendo aquel habito de Monge, y la compostura, y modestia del santo Religioso, le tomó aparte, y le rogó que le declarasse quien era, de donde venia, adonde iba, que habito era aquel que traia, qué vida era la suya, y que professava. Todo esto preguntó el moço Iuan al Monge con tanta gracia, y espíritu, que el Monge le dió cuenta muy particular de todo lo que le preguntava, especialmente del Monasterio en que vivia, y la regla que en él se guardava, y cómo por su devocion hazia aquella romeria á Ierusalen; la qual acabada, con la gracia del Señor bolveria á su casa. Movióse mucho Iuan con las palabras que oyó al Religioso, y encendido del amor divino, le rogó con grande encarecimiento, que bolviendo de Ierusalen, tornasse á Roma, y le viesse, que él le queria acompañar á su Monasterio, y tomar allí el habito de su Religión, y dedicarse totalmente al servicio de N. Señor, porque sabia que sus pa-

dres le querian mas que á los otros sus hermanos, y pretendian casarle, y procurarle altos lugares, y dignidades; las quales él queria huir, por los peligros que avia en ellas, y apartarse de vn mar tan borrascoso, como el deste siglo, y acogerse al puerto seguro de la Religión, al qual N. Señor le inspirava, y llamava, para estar mas seguro. El Monge le prometió de hazerlo assi, y con juramento, porque Iuan con su gran fervor le pidió, y le apretó que lo jurasse. Con esto el Monge continuó su camino, y se partió para Ierusalen, y Iuan se quedó en Roma, ocupado en sus estudios. Vinole gana de tener vn libro de los sagrados Evangelios, para leer en él, spidióle á sus padres, y holgaron mucho dello, por verle tan bié inclinado al estudio, y cosas de devocion; y mandaron escribir el libro de vna mano muy delicada, y excelente, y enquadernarle, y adornarle ricamente con guarniciones de oro, y piedras preciosas, y le dieron á su hijo, y él leia en él amenudo con mucha devocion, y ternura, procurando imprimir en su coraçon las verdades celestiales que en él se contenian. Passados algunos meses bolvió de Ierusalen el Monge, como lo avia prometido, y Iuan se alegró sobremanera, y le rogó que no diese parte á nadie de lo que entre los dos estava concertado, porque sus padres le amavan tiernamente, y si supiessen sus intentos, se los procurarian estorvar; que lo que convenia era, que se embarcassen allí en Roma secretamente, y se fuesen al Monasterio sin ruido: y assi el Monge prometió de hazerlo, y sabiendo que eran menester cien ducados para pagar el flete del Navio que ellos querian alquilar, para ir solos, y con mayor secreto; Iuan tuvo tal industria, y maña, que los sacó á sus padres, y embió con vn recaudo disimulado á un criado, que le avia dado para que le acompañasse; y con buen viento se embarcó con el Monge su compañero, y salió de Roma, y desapareció, sin que sus padres tuviessem nueva, ni rastro dél. Llegaron al Monasterio donde iban, con el favor del Señor, que los llevaba, y el Monge dió cuenta al Abad de todo lo que le avia passado con Iuan, y de las causas que le avian movido á traerle consigo. Quando el Abad vió á Iuan de tan poca edad, y tan delicado, y supo que era hijo de padres nobles, y ricos, temiendo que no podría

llevar vida tan aspera, y perseverar en ella hasta la fin, le puso muchas dificultades, y entre otras cosas le dixo, que en aquel Convento no solian dar el habito á nadie hasta averle conocido, y probado por espacio de quarenta dias. Mas el Santo moço habló con tan fervoroso espíritu al Abad, y se lo pidió con tantas veras, que no pudo dexar de darle luego el habito, esperando que Dios N. Señor, que le avia traído á sus pies, le daria perseverancia en lo que por su amor comenzava. Seis años estuvo en aquel Monasterio como vn Angel del Cielo, dando á todos exemplo de singular modestia, humildad, obediencia, y devocion haziendo vna vida tan aspera, que no parecia moço de pocos años, sino viejo ya consumado, y perfecto. Navegando el santo moço con tan prosperos vientos, guiado de la mano poderosa del Señor, nuestro comun enemigo, que nunca duerme para hazernos daño, levantó vna gran borrasca, cõ la qual Iuan se halló muy afligido. Comenzó á traerle á la memoria la grandeza de sus padres, la riqueza, y servicio de su casa, y los regalos, y entretenimientos que antes en ella tenia. Despertó en él vn vivo, y ansioso deseo de ver á sus padres (que es tentacion que suele acometer, y derribar á muchos Religiosos tiernos, y flacos.) Sacudia de si estos molestos pensamientos, encomendavase mucho á Dios, ayunava, y hazia penitencia, suplicandole con grande afecto, que le tuviesse de su mano. Con la mucha penitencia, y oracion se iba Iuan debilitando, y consumiendo, y mucho mas con los continuos combates, y peleas que traia consigo, y con la fuerça que hazia para resistir á los asaltos de Satanás, se enfiaqueció, y secó de manera, que se puso casi en los huesos. Vió el Abad su mucha flaqueza, y rogóle que no se diese vida tan aspera, porque cõ ella no acabasse sus dias; y entendió del lo que passava, y que aquella flaqueza nacia mas de las batallas interiores (que son mas poderosas para debilitar el cuerpo) que no de los otros ejercicios Religiosos, y excessos que hazia. Mas el Señor, que en este moço queria triunfar del demonio, le inspiró que fuesse á ver á sus padres; porque aunque los viesse no se turbaria, antes con su gracia venceria el afecto de carne, y fangre, y el amor dellos, que suele ser tan connatural en los hijos.

hijos. Parece que fue este instinto de Dios por lo que después sucedió; y por que Iuā no iba á ver á sus padres, por verlos, y gozar de sus regalos, sino por mortificarse mas con su vista, y estando disimulado, y desconocido en su casa, padecer mucho en ella, como lo hizo S. Alexo; que si no hubiera sido este particular impulso del Cielo, no acertara en ponerle sin necesidad en tan grave peligro. Manifestò Iuan al Abad, y á los otros Monges el proposito que tenia de bolver á Roma, y ver á sus padres, y pedirles de rodillas con muchas lagrimas, que le encomendasen á nuestro Señor, para pelear, y vencer en aquella dura empresa que llevaba. El Abad le diò su bendicion, los Monges le abraçaron, y lloraron mucho por que se iba, y él no menos por que los dexava; y postrado en el suelo, suplicò á Dios que le guiase. En el camino topò á vn pobre hombre vestido de andrajos, acompañose con él, y después le rogò que trocassen los vestidos, y así se hizo, y Iuan vestido del habito vil, y despreciado del pobre, siguiò su camino, y llegó á Roma. En viendo la casa de sus padres pidió de nuevo á Dios vna, y muchas vezes, q̄ no le desamparasse, sino que le asistiese con su gracia para vencer al enemigo, y morir en aquella casa de sus padres, y librase de las tentaciones, y miserias desta miserable vida. Toda la noche estuvo cerca de la casa de su padre, y la mañana del dia siguiente, abriendose las puertas, se entrò Iuan en su casa, y saliendo della el Mayordomo, y viendo en el portal á vn hombre tan feo al parecer, y tan alqueroso y mal vestido, con desden le mandò que se fuese de allí; y él cò mucha humildad, y mansuete le rogò por amor de Iesu Christo (que todo lo que por él hiziese se lo pagaria) que le dexasse estar en vn rincón de aquel çaguan, por que él no haria ningun mal, ni feria pecado á nadie. Dexòle el Mayordomo, y después saliendo de casa la señora, y madre de Iuan, no conociendole, ni sabiendo que era su hijo, tuvo tanto asco de verle, que mandò á sus criados que le echassen de allí, y así lo hizieron. No se turbò el santo moço por ver que su misma madre le echava de sí, y sus mismos criados en su propia casa le maltravaban, antes cobrando mayor esfuerço, y juzgando que aquella era buena ocasión

para quebrantar la cabeça á la serpiente infernal, tuvo mucha paciencia, y encomendandose de nuevo á Dios, se estuvo allí, cerca de su casa, y rogò al Mayordomo, que en vn rincón della le hiziese hazer vn pequeño atajo, ó cobertizo, en que pudiese recogerse, prometiendole grandes premios del Cielo, si así lo hazia. Hizolo el Mayordomo con buena voluntad, porque el Señor le movia, y Iuan entrò en la casa de sus padres como huésped, para vivir en aquel estrecho, y vil aposento; y por esto le llaman Calybita, que quiere dezir, el que morò en la choza. Tres años vivió en aquella pobre choza, mas como Angel del Cielo, que como hombre de la tierra, favorecido, y regalado del Señor, y menoscubiado de sus mismos criados, y estimado de los Principes del Cielo. Aunque su padre, oyendo lo que algunos criados le dezian de la virtud de aquel hombre que tenia en su casa, de su humildad, de su modestia, de su continua oracion, y penitencia, y lagrimas que derramava, y de la paciencia con que sufría los yelos, y frios, y las otras injurias del Cielo, le regalava, y le embiava de comer de su mesa; diziendo, que Dios avia embiado á su casa aquel hombre, para por su medio hazerles muchas mercedes: mas Iuan ninguna cosa comia de las que su padre le embiava, antes las repartia todas á los pobres, los quales por esta causa venian á él, y se recreaban con lo que él les dava, quedando él seco, y ayuno, y tan extenuado, que se le podían contar los huesos. Pero queriendo nuestro Señor manifestar, y galardonar á este su gran siervo, le apareció, y le dixo, que ya era llegado el tiempo en que recibiese el premio de sus trabajos, y que de allí á tres dias moriria. Regozijóse el Santo con tan buenas nuevas, y hizo gracias al Señor por ellas, y suplicòle que tuviese misericordia de sus padres. Embió á llamar al Mayordomo de casa, y rogòle que dixesse á su señora, que aquel pobre que ella avia mandado echar de su casa, humildemente le suplicava, que no mirando á él, sino á Iesu Christo en él, se dignasse de hablarle, porque tenia algunas cosas que dezirle, que le importava. La señora se desdenò, y no quiso ir á verle, por parecerle q̄ aquel pobrecito no podia tener cosa que dezirle, que le importasse; y aun q̄ su marido, sabiendolo, le dixo,

dixo, que no dexasse de ver aquel pobre, y de consolarle, porque Dios escogió á los pobres, y todo el bien que se les haze lo recibe como si al mismo Señor se hiziese; todavia ella (que debia de ser delicada) se detenia, hasta que Iuan le embió á dezir, que él avia de morir de allí á tres dias, y que si no venia á hablarle, ella se arrepentia. Cò esto vino, y como el S. estava tã pobre, y echado en el suelo, y cubierto con su capa rota, y andrajosa, aunque él le habló no lo conociò. Dixole el Santo, que nuestro Señor le queria pagar lo que avia hecho con los pobres por su amor, y que él era pobre, y no tenia con que agradecer las buenas obras que en su casa avia recibido, pero que si queria jurarle de hazer lo que él le suplicava, le dexaria vna bendicion de Dios, y vna cosa muy preciosa. Juròlo la madre, y el hijo le dixo, que le pedia, y suplicava en el nombre de Dios era, que le hiziese enterrar en aquel mismo lugar donde estava, y con aquel mismo vestido que sobre sí tenia, y no en otro mejor lugar, ni con mejores vestidos, porque él era pecador, y indigno dellos; y con esto le diò el libro de los Evangelios, que en su casa de su mano avia recibido, por vn rico don, y preciosissimo tesoro, diziendole, que ella, y su marido le tuviesen por tal, y por vna arma, y escudo fuerte para los peligros de la vida. Como la madre tomó el libro en sus manos, començòle á mirar con atencion, y á parecerle que era aquel libro muy semejante al otro de los Evangelios, que ella, y su marido avian dado á Iuan su hijo. Llevòle á su marido Eutropio, miraronle, y miraronle, y juzgaron que no era semejante, sino el mismo como era la verdad. Fueron los dos corriendo á él, admirados, y confusos, y pidieronle en el nombre de la Santissima Trinidad, que les dixesse de quien avia avido aquel libro de los Evangelios, donde estava su hijo. Dixeronle esto con tanta ternura, y tan copiosas lagrimas, que el santo moço les dixo: Yo soy Iuan vuestro hijo; y este es el libro de los Evangelios que me disteis: yo os he sido causa de muchos suspiros, y llantos, mas por llevar el suave yugo de Christo, y asegurar mi partido, he hecho lo que aveis visto. Quando los padres oyeron esto, no se puede creer el cuchillo de dolor que atravesò sus coraço-

nes. Echaronse sobre el cuello de su desconocido hijo que agora conocian para su pena, y dolor: el padre llorava su desventura, acusava á sus criados, y confessava que por sus pecados Dios se le avia quitado, y después traído se le á su casa de manera que no le conociesse; mas la triste madre dava gritos, heria sus pechos, mesava sus cabellos, quando se acordava que le avia mandado echar de su casa, quando vino á ella; y después estando para morir, rogandole él que le viesse, y hablasse, no le queria ver, ni oír. Estuvieron los padres desde la vna hasta las seis llorando su desventura, y lamentando su desdichada suerte; y como eran personas principales, luego que se supo en la ciudad concurrió mucha gente á este espectáculo tan nuevo, y maravilloso, y todos lloravan por ver aquel santo moço, que tan bien avia sabido vencer al demonio, y triunfar del mundo. Y el Señor, que lo avia escogido para tã raro exèplo nuestro, allí luego en presencia de sus padres le facò de los trabajos, y peligros desta miserable vida, y llevó aquel espíritu puro, y limpio al Cielo, para que eternamente descansase, y gozase de su bienaventurada vida. Aquí se renovaron los dolores, tormentos, y lagrimas de sus padres, los quales por vna parte alabavan á su hijo por su gran santidad, y hazian gracias á Dios por que se le avia daò; y por otra sentian mucho el no averle conocido, y gozado del gran tesoro que tenían en su casa. Derramavan muchas lagrimas, pero mezcladas de gozo, y de admiracion, y de tristeza, de quejas, y de admiracion, y de los varios afectos que el amor les dava. Quando le quisieron enterrar, la madre olvidada de lo que su hijo le avia pedido, y ella le avia prometido con juramento, le hizo desnudar de aquel pobre, y desartopado vestido, y vestirle de ropas ricas, y de gran precio; mas luego q̄ le vistieron, la madre q̄dò paralitica, y entendiendo q̄ era castigo de Dios, se las quitò, y le tornò á poner las q̄ antes tenia. Cò esto sanò la madre, y sepultarò al santo moço en aquel rincón, y vil, y estrecho lugar, donde avia estado aquellos tres años como él mismo lo avia pedido. Mas los padres le hizierò labrar allí vna Iglesia, que oy dia esta en Roma en la Isla de S. Bartolome, que haze el Tibre, y para el servicio della le hizierò donacion de sus bienes; y avido hecho esto, y repartido largas

largas limosnas à los pobres, en santa paz, y quietud dieron sus almas à Dios. De San Iuan Calybita haze mencion Niceforo Calixto, lib. 1. cap. 23. El dia de su muerte señala el Martyrologio Romano à los quinze de Enero, el año no sabemos. Algunas vidas escritas de mano dizen que vivió en tiempo del Emperador Teodosio Niceforo dize en el del Emperador Leon, que començò à imperar el año de quatrocientos y cinquenta y siete: mas Simcon Metrafrastes, que es menos antiguo, y escribió su vida, dize, q̄ vivió en su tiempo. Esta fue la vida de San Iuan Calybita, esta su muerte, estos los exemplos de fantidad que nos dexó, para que desde niños nos demos à Dios, y entremos por el camino estrecho, y aspero, que lleva à la vida, y nós abraçemos con la perfeccion, y Cruz de Christo, y sepamos, no solamente sojuzgar à la razon nuestros apetitos desordenados, y rebeldes, sino tambien mortificar, y vencer los afectos naturales de la carne, y sangre, que son cōtrarios à la Ley de Dios, y à lo que vna vez prometimos para que así, quebrantando la cabeça del dragon infernal, y triunfando del, gozemos de la corona de que goza San Iuan Calybita, y gozará en los siglos de los siglos.

*VIDA DE SAN BONITO OBISPO,
y Confessor.*

15. DE ENERO **F**UE San Bonito Francés de nacion, de padres illustres, y descendientes de Senadores Romanos; su padre se llamó Teodato, y su madre Siagria, la qual estando preñada de Bonito, echándose à los pies de vn santo Sacerdote, y rogándole que la encomendasse à Dios, él la respondió: Dame tu la bendicion, ó Sacerdote venerable, y señor: y como la muger se turbasse oyendo estas palabras, y preguntasse al Sacerdote, que queria dezir: él respondió: No pienfes que te he pedido à ti la bendicion, porque siendo tu muger, y yo Sacerdote, no es cosa decente; pero he la pedido al hijo que tienes en tus entrañas, que por revelacion divina entiendo ha de ser vn gran Prelado, y vna lumbrera en la Iglesia de Dios. Nació el niño, fue criado con mucho cuidado, dióse al estudio de las letras, y especialmente al Derecho Civil, y hizo muy gran progreso en él. Siendo ya nuestro

su padre, por voluntad de Dios se fue à la Corte del Rey, y entró en su servicio, y tuvo preeminentes oficios en su casa, y grandes cargos en el gobierno de su Reyno, administrandolos con maravillosa entereza, y rectitud, y suavidad, y mas como Sacerdote benigno, que como luez riguroso.

Tuvo San Bonito vn hermano llamado Avito, varon excelente, y muy docto en las letras divinas, y humanas, el qual fue Obispo de Albernia, y aviendo gobernado aquella Iglesia como quinze años, estando enfermo, y viendo que se le acabava la vida, y juzgando que ninguno le podia suceder en el Obispado mas dignamente que Bonito su hermano, le nombró por su sucesor, y alcanzó del Rey de Francia Teodorico, que lo tuviéssse por bien, y lo confirmasse. Hizolo el Rey con mucho gusto, por las grandes partes que concurrían en Bonito, y él aceptó el Obispado, y vivió en él no menos como santo Monge, que como vigilante Prelado. Ayunava mucho, passavansele los dos, y tres, y quatro dias sin comer. Era muy continuo en la oracion, y amigo del silencio, y de la quietud; tenia vn don de lagrimas raro, y con ellas parece que se sustentava, y alentava. Recibia à los peregrinos con admirable caridad, no honrando mas al rico por ser rico, y compadeciendose mas del pobre, por ser pobre. Amava à los Sacerdotes como hermanos, y exortavalos con su vida, y con sus palabras à que viviesen casta, y recogidamente, y como dignos templos de Dios. Proveia de pasto espiritual à las almas de sus ovejas, y del corporal à los cuerpos.

Pero resplandeciendo el santo Prelado con estas obras de virtud, y esparciendo rayos clarissimos de fantidad, començò à desear mayor perfeccion, y à tener escrupulo de aver entrado en la dignidad de Obispo, y sentadosse en aquella Silla, por nombramiento del Obispo Avito su hermano; y aviendolo consultado con vn santo varon, llamado Tilon, se determinó de dexar el Obispado, y todas las cosas de la tierra, y hazerse Monge, y así procuró que vn varon insigne, que se llamava Nodobero, se encargasse de su Obispado, y él, aviendo repartido à los pobres lo que tenia, se entró en el Monasterio Maguilocense, y tomó habito de Monge cō

mara-

maravilloso exemplo, y admiracion de los Religiosos, y gran gozo, y contento suyo, por aver alcanzado lo que tanto deseava.

Passado algun tiempo, fue à Roma por su devocion à visitar los cuerpos de los gloriosos Principes de los Apostoles San Pedro, y San Pablo, y los otros preciosos Santuarios de aquella santa Ciudad: y despues de aver cumplido con su devocion, bolvió à Francia cargado de muchos cautivos que avia rescatado, y estuvo quatro años en la ciudad de Leon donde el Señor le dió vna enfermedad, y le desató de las cadenas del cuerpo, y le llevó à gozar eternamente de su bienaventurada presencia. Al tiempo q̄ le llevavà à enterrar, llegó vn paralitico, y con sola la presencia del cuerpo sagrado cobró entera salud. No fue solo este milagro el que el Señor obró por S. Benito despues de su muerte, sino otros muchos, como los avia obrado en vida. Algunos enfermos sanarò bebiendo del agua en que el Santo avia lavado sus manos pidiendole vn coxo que pusiesse las manos sobre sus pies, el S. por su humildad se sonrió, y le dixo: Yo haré lo que me pides, pero no te aprovecharà mas que si vn Buey con su pie te tocase. Hizo la señal de la Cruz sobre el enfermo, y luego quedó sano. Libró à dos endemoniados, que se le pusieron delante en el camino, y quedaron libres, haciendo oracion por ellos. Otra muger ciega del todo que se llamava Blada, fue desde la Isla de Inglaterra à buscar al Santo para darle gracias por aver cobrado la vista por su intercesson. Tambien sanó à otros ciegos por sus oraciones, y à muchos enfermos con el azeite que por su devocion traia del sepulcro de S. Pedro.

Pero el mayor de todos los milagros, y el mas excelente privilegio que tuvo San Bonito, fue el singular favor, y regalo que le hizo la Sacratissima Virgen, y Madre de Dios nuestra Señora, de la qual él fue devotissimo. Quiero referirle aqui de la manera que se escribió en su vida, porque es muy semejante à lo que la misma Virgen hizo con nuestro Santo Ildefonso, Arçobispo de Toledo. Entró vn dia en el Templo de San Miguel à hazer oracion, para estar mas quieto, y apartado, recogióse en vn rincón de la Iglesia. Acabaronse los Oficios divinos, fuese la gente, y el santo Prelado se quedó como escócido en aquel

mismo lugar. Vino la noche, y los porteros, y ministros de la Iglesia no viendo en ella à nadie, cerraron sus puertas, y él se quedó en la Iglesia, para darse aquella noche con mas fervor à la oracion: por verse libre, y solo, sin ruido, y embarço de gente. Estando, pues, en el mayor fervor de su oracion oyó vna celestial melodía, y vió que resplandecia el Templo con vna innumerable claridad, y que baxavan del Cielo innumerables Sãtos, y entre ellos la Serenosissima Reyna de los Angeles nuestra Señora. Todos cantavan alabanças à Christo, y à su Madre, y la misma Madre cantava en alabança de su bendito Hijo. Fue toda esta celestial compañía con admirable orden, y concierto, como en procession por el Coro, hasta llegar al Altar, y estando allí, algunos de aquellos Santos preguntaron quien avia de celebrar la Misa, y la Virgen respondió, que allí estava Bonito, verdadero, y fiel Pastor, y digno de dezirla. Oyó estas palabras Bonito, y por su humildad se encogió, y se corrió, y queriendo retirarse, y apartarse mas, se arrojó à vna piedra dura, la qual se ablandó, y en ella quedaron impresas las señales de su cuerpo. Finalmente, fue buscado, hallado, y traído delante del Altar, y vestido de los sagrados ornamentos por aquellos Santos; dixo su Misa, la qual acabada, despidiendose nuestra Señora con su compañía del santo Prelado, le dió por vn don singular vna vestidura texida, q̄ no se puede entender de que materia es, solo se vé ser muy ligera, y muy blanda, y blanca ó bremanera. Este milagro, y favor del Cielo se tiene por muy cierto en la ciudad de Albernia, donde se solía mostrar (y no sé si oy se muestra) la misma vestidura venida del Cielo.

El cuerpo de San Bonito se enterró en Leon de Francia, donde murió; y despues, siendo Proculo Obispo de Albernia, por divina revelaciõ se trasladó el sagrado cuerpo à la misma Iglesia donde avia sido Obispo, y al tiempo que le quisieron alçar de donde estava, tembló toda la Iglesia, desde la cumbre hasta los cimientos, de tal manera, que parecia que toda venia al suelo; y vna doncella paralitica cobró el uso de sus miembros, y entera salud, y por todo el camino del Señor obró muchos, y grãdes milagros por intercesson del Santo.

La

La vida de San Bonito escribió vn Autor grave, y la trae el Padre Fray Lorenzo Surio en su primer Tomo de las vidas de los Santos. Hazen mencion del à los quinze de Enero el Martyrologio Romano, y el de Usuardo, y el Cardenal Baronio en sus Anotaciones. Fue el quarenta y vn Obispo en numero de los Obispos de Albernia, y floreció en tiempo del Rey de Francia Teodorico el Quarto deste nombre.

LA VIDA DE SAN MARCELO
Papa, y Martyr.

AT 6. DE
ENERO.

Después que los Emperadores Diocleciano, y Maximiano persiguieron la Iglesia Católica cruelissimamente, y derramaron tanta sangre de Christianos, determinaron dexar el Imperio, como le dexaron, el vno en Nicomedia, y el otro en Milan, è instituyeron por Emperadores à Constantio Cloro, padre del gran Constantino, y à Galetio Armentario; en cuyo tiempo, por alboroto, y sedicion de los soldados Pretorianos, y de la guarda, que estava cerca de Roma; se levantò, y llamó Emperador Maxencio, hijo de Maximiano (el que avia renunciado el Imperio) y de vna muger baxa de Syria, llamada Eutropia. El qual entendiendo que los Christianos, por ser ya muchos, le podrian ayudar para confirmar, y establecer su Imperio, començo à mostrarfeles benevolo, y favorable, hasta que aviendo tenido vna gran vitoria contra Severo (à quien Galerio Armentario avia nombrado por Cesar, y fucefsof suyo) pareciendole que ya no tenia à quien temer, se quitò la mascara, y descubrió su pecho, y de zorra astuta se mostrò leon fiero contra los Christianos. En tiempo, pues, de Maxencio tirano fue martyrizado San Marcelo Papa, el qual despues de San Marcelo, affimisino Papa, y Martyr, aviendo vacado la Silla Apostolica, no fiere años (como dizen algunos) sino seis meses, y veinte y cinco dias, fue elegido con gran consentimiento del Clero, y contentamiento de todo el pueblo, por Vicario univèrsal de Christo, y fucefsof de San Pedro. Fue San Marcelo Romano, su padre se llamó Benito; governò la Iglesia santissimamente, la qual por la perfecucion de Diocleciano, y Maximiano,

estava muy afligida, animando à todos los Fieles con su doctrina, y exemolo à la constancia en la Fè. Y porque la sangre de los Christianos, que avian derramado los tiranos, avia sido como semilla de trigo, que producía, y multiplicava nuevas mieses, y por vno que moría, nacián muchos; instituyò Marcelo en la Ciudad de Roma veinte y cinco titulos, ò Parroquias, en las quales se bautizaffen los que de nuevo venian à la Fè, y los pecadores hiziesfen penitencia, y los Martyres fuessen sepultados. Lo qual como viniessè à noticia del tirano Maxencio, mandò prender al santo Pontifice, y procurò primero con palabras blandas, y promettas persuadirle que no se le nombrasse Pontifice de Christo, y que adorasse à sus falsos Dioses. Despues viendo que se reia del, le mandò acòtar cruelmente, y le condenò al Catabulo (que era vn establo grande, donde estavan las bestias de carga, para vfo, y servicio de la Republica, y que en él tuviesse cargo dellas. Estuvo el santo Pontifice en aquel abato, y vil oficio nueve meses, orando, velando, y llorando, y exortando de palabra, y por cartas à los Fieles à la perseverancia, y al cabo dellos vinieron de noche los Clerigos de Roma, y libraròn à su Pastor, y escondieronle en casa de vna santa muger, llamada Lucia; la qual aviendo vivido quinze años con su marido, avia diez y nueve que era viuda. Ella le recibì como à vn Angel de Dios en su casa, y le suplicò que la consagrasse en Iglesia; y el santo Pontifice lo hizo, y despues se llamó San Marcelo. Allí se juntavan los Christianos para alabar, y glorificar de dia, y de noche al Señor. Supo esto Maxencio, y lleno de rabia, y furor, mandò que aquella Iglesia se profanasse, y que sirviesse de establo para bestias publicas, y que San Marcelo se ocupasse en el servicio dellas, y que viviesse en aquella sucia morada. En este establo fucio, aqueroso, y hediondo, estuvo algun tiempo el santo Pontifice desnudo, y sin abrigo, vestido de cilicio, sirviendo à aquellos animales. Y con este genero de martyrio diò su alma à Dios à los dies y seis de Enero del año del Señor de trecentos y nueve, en el qual dia celebra la Iglesia su fiesta. El cuerpo de San Marcelo recogieron Iuan Presbytero, y Lucia, y le enteraron en la via Salaria, en el Cementerio de

Baro. 1. 2.
pag. 742.
Baro. 1. 3.
Annal.
anno
Christi
309.
pag. 32.
Onufri.
en su ep.
4.º nos. ò
meses, y
21. dias.
Damaso,
y Platina
5.º nos. 6
meses, y
21. dias.

de Priscilla. Fue Pontifice Sumo cinco años, y vn mes, y veinte y cinco dias, aunque en los años de su Pontificado ay mucha diversidad en los Autores. Ordenò en Roma de vna vez el mes de Deziembre veinte y cinco Presbyteros, y dos Diaconos, y consagrò veinte y vn Obispos en diferentes lugares. Dos Epistolas se hallan de San Marcelo, la vna escrita à los Obispos de la Provincia de Antioquia, en la qual les pide, y ruega, que no fientan, ni enseñen otra cosa, sino lo que aprendieron del Apostol San Pedro, y de los otros Apostoles, y santos Padres: *Pues aviendo tenido à San Pedro por primer Maestro, no es justo (dize) que dexeis à vuestro Padre, y sigais à los estranos, especialmente siendo el la Cabeça de toda la Iglesia.* La otra es para Maxencio tierno, en la qual le dize, que los verdaderos Sacerdotes de Dios, mas quierèn fer perseguidos por la justicia, y por la verdadera Fè, y padecer por el nombre del Señor, que tener muchas riquezas, y ser honrados, y estimados, y perder el Cielo, porque todo lo de acá es momentaneo, y lo de allá es eterno; lo de acá en vna hora se acaba, y lo de allá dura para siempre. Tambien le dize, que el oficio del buen Principe, y religioso Rey, es, reparar las Iglesias maltratadas, y caidas, y edificar nuevos Templos, y honrar, y defender à los Sacerdotes del Señor.

LA VIDA, Y MARTIRIO DE LOS
Santos Berardo, Vital, Pedro, Acurfio, Adjuto,
y Oton, Fraytes, y discipulos del glorioso
Patriarca San Francisco, que fueron
martyrizados en
ruecos.

AT 6. DE
ENERO.

Descando el bienaventurado Padre San Francisco, encender en el mundo el fuego del amor divino, con que él ardia, alumbrar à los fieles, y especialmente à los Moros, que estavan en la sombra de la muerte, y perseguian gravemente à los Catolicos Christianos; escogido de toda su sagrada familia seis esclarecidos varones, que le patecieron mas à proposito para predicar à los Moros, y derramar su sangre por nuestro Redentor. Ellos fueron Berardo, Vital, Pedro, Acurfio, Adjuto, y Oton, à los quales declaró su voluntad, y la grandeza

de aquella empresa, y los animò para que entrassen en ella con gran denuedo, espirtitu, y fervor, y confiasen de Nuestro Señor, que los avia escogido, y por su ministerio los embiava, que los guiaria, y esforçaria, y les daria vitoria contra sus enemigos. Nombrò à Fray Vital por Superior de todos, y prometiendoles sus oraciones, y echandoles su bendicion, los despidiò, y los embió à España para q predicassen el sagrado Evangelio, y procurassen sacar de su ceguedad à los Mahometanos, que reynavan en ella, y perseguian bravamente à los Christianos. Los santos seis Fraytes tomaron la obediencia de su santo Padre, como venida del Cielo, haziendo gracias al Señor por aver puesto los ojos en ellos mas que en otros, para cosa tan grande, en la qual esperavan dar la vida por su santa Fè, y recibir la corona del martyrio. Vinieron con suma pobreza à España, y llegaron al Reyno de Aragón, donde Fray Vital, que era Superior, y Cabeça de los demás, cayò muy malo, y viendo que su enfermedad iba à la larga, y que no podia proseguir su camino, para que sus compañeros no perdiessen la gloria del martyrio, que él por su humildad juzgava que no merecia, quedandose en vn pobre Hospital doliente, ordenò à los otros cinco Fraytes, que passasen adelante, y hiziesfen lo que de parte de Dios fu bienaventurado Padre San Francisco les avia mandado. Y aunque ellos sintieron mucho el apartarse de su compañero, y Superior, y dexárselo, y tan enfermo en aquel Hospital; toda via por cumplir con su obediencia, y por no perder la ocasión de morir por Christo, se partieron, y llegaron à la Ciudad de Coimbra, donde hablaron con la Reyna Doña Urraca, muger del Rey Don Alfonso, Segundo deste nombre, que entonces reynava en Portugal. La Reyna nos recibió con gran devocion, y benignidad, y entendiendo por el habito, y traje, y por sus platicas, y muchas por sus intentos, que eran siervos, y amigos de Dios, les rogò con mucha instancia, que por amor de aquel Señor por quien ellos tanto deseavan padecer, que le suplicasen les revelasse el termino de su vida. Y puesto caso que ellos se escusaron por su humildad, alegando que no eran dignos de tan gran interceder de Dios, todavia vencidos de la importunidad

de la Reyna hizieron oracion al Señor, y él les reveló que ellos morirían martyres en Marruecos, y que sus cuerpos serian traídos à Coymbra, y la Reyna con todo el pueblo faldria à recibirlos, y que poco después moriría ella, y antes que su marido. Todo esto descubrieron los santos Frayles à la Reyna, exortandola à no entristecerse por ello, sino à conformarse con la voluntad del Señor, pues ninguno tanto la amava como él; y como los Santos lo dixeron, assi se cumplió, como adelante se verá. De Coymbra pasaron los Siervos de Dios à la Villa de Alenquer, donde ya avia Monasterio de su Religion, y en él descansaron algunos dias, y fueron favorecidos de la Infanta Doña Sancha, hija del Rey Don Sancho, Segundo Rey de Portugal, que morava en la dicha Villa, con maravilloso recogimiento, y exemplo raro de caridad; la qual guardó tan perfectamente, que siempre fue virgen, y nunca sus padres la pudieron inclinar à casarse. Esta señora los vistió de seglares sobre los hábitos, y ellos dexaron crecer las barbas, y fueron à Lisboa para embarcarse para Sevilla, que à la fazon era de Moros, y la Infanta los mandó proveer de matalotage, y de todo lo necesario para su embarcacion.

Llegados à Sevilla se fueron à la Mezquita de los Moros, y allí en alta voz comenzaron à loar, y predicar la Fè de Iesu Christo contra Mahoma, y fueron maltratados, y afrentados de los Moros que allí estavan; los quales al cabo de rato los dexaron, teniendo los por hombres locos, y sin seso, y despreciados por el vil, y pobre habito que traian. Mas ellos fueron al Palacio del Rey, y le hablaron; y predicaron, reprehendiendo severamente la falsedad, y torpeza de la ley de Mahoma su Profeta; y despues de largas pláticas, el Rey los mandó matar, aunque no se executó la sentencia, porque el Principe, hijo del Rey, movido de piedad natural, aplacó à su padre, y le detuvo para que no se executasse. Finalmente, despues de aver estado muchos dias presos en una estrecha, y obscura carcel, cargados de hierro; el Rey los mandó entregar à vnos Christianos que se embarcavan en vn Navio; para que los llevassen à Marruecos; y de allí à Portugal, adonde ellos iban. Aportaron los cinco bienaventurados Religiosos à Marruecos, donde es-

tava el Rey Miramolin, y el Infante de Portugal Don Pedro, hermano del Rey D. Alonso, disfultado con su hermano no por algunos agravios que avia recibido dél. El Infante los acogió con mucha humanidad, teniendo los por siervos de Dios, por la suavidad, y luego de amor divino, que mostravan en su rostro, habito, palabras, y santa conversacion. Embistieron con el Rey, y predicaróle con grã fervor la Fè de Christo. Tuvo los por hombres sin juyzio, y metecarós, y mandó que luego los echassen fuera de la Ciudad, y los embiasen à tierra de Christianos. El Infante por assegurarlos, y estorvar que no fuesen maltratados, embió con ellos algunos Christianos que los llevassen à Ceuta, y de allí à Portugal, mas ellos se bolvieron del camino à Marruecos, y entrando en la Ciudad, comenzaron à predicar à los Moros que estavan juntos à la plaça. El Rey se enojó mucho quando lo supó, mandóles prender, y echar en vna carcel obscura, y aspera, y que no les diessen de comer, ni de beber. Allí estuviéron veinte dias sin comer bocado, ni beber, sustentandose con solo el mantenimiento del Cielo, y de la consolacion divina; y quando los sacaron de la carcel, salieró mas recios, y sanos, y con más vigor que quando entraron en ella; de lo qual quedó espantado el Rey, por cuyo mandado de nuevo fueron entregados à los Christianos, para q los embarcassen, y hiziesen pasar à España; pero ellos la segunda vez se bolviéron del camino, y tornaró à predicar à los Moros, hasta que el Infante D. Pedro los recogió, y encerró en su casa con guardas, temiendo q por su predicacion no le viniesse à él, y à los otros Christianos algun daño. En este tiempo salió el Exercito del Miramolin contra ciertos rebeldes, y enemigos suyos; iba en el Exercito el Infante D. Pedro con los otros Portugueses (que eran muchos, y valientes soldados) con cuya ayuda el Rey desbarató, y venció à sus enemigos. Pero sucedió, que bolviendo el Exercito les faltó agua, y el calor tan excesivo, que al tercero dia se hallaron tan fatigados del Sol, y de la sed, que pensaron todos perecer. Llevava el Infante consigo à los santos Religiosos; hizieron oracion; y cavando en la tierra Fr. Berardo con vn palo pequeño salió vna fuente de agua muy copiosa, de la qual bebió el Exercito, y las

bes-

bestias; y se provocaron de agua para el camino, y luego se secó la fuente, y la tierra quedó seca como de antes. Deste milagro los Christianos quedaron muy consolados, y los moros espantados; pero no bastó este milagro para q el Rey no los mãdasse de nuevo prender; por que bolviendo à la Ciudad avian tornado à predicar, y el pueblo se embravecío contra ellos cō tan gran saña, y furor, que echaron mano dellos, y los ataron, y dieron muchos golpes, y les hizieron graves injurias, y los presentaron à la justicia mayor, para q luego los matasse. Mãdólos el Rey apartar en diversas casas, y agotar crudamente. Echaróles sal, y vinagre sobre las llagas, y assi maltratados, y despedaçados los llevaron à la carcel, para otro dia doblarles los tormentos. Mas el Señor los confortó, y esforzó cō vna luz inmensa del Cielo, que baxó sobre la carcel, y las guardas la vieron subir, y las bienaventuradas almas de los cinco Martyres en medio de aquella claridad del Cielo, y se turbaron, temiendo que los Santos se huviesse salido de la carcel, y huido; pero despues se sossegaron quando los hallaró quietos, y seguros en la carcel. Despues fueron entregados al pueblo para que vengasse las injurias que los Santos avian hecho contra Mahoma. Sacaronlos de la carcel desnudos, y con las manos atadas, y con fogas à los cuellos; y otra vez fueron de nuevo cruelmente açotados, y arrastrados sobre pedaços de vidrios, y de texas, echando sal, y vinagre sobre las heridas, y azeite hirviendo, y cada vno buscava su manera de tormentos que darles: tanto era el furor de aquel pueblo ciego, y engañado, y tanta la constancia, y alegria cō que el Señor los alentava, que les parecian regalos todos aquellos tormentos. Grandes fueró los encuentros que tuvieron, y muy duras las peñas de estos santos Frayles, porque vn Moro dió vna grande bofetada à Fr. Oron en el Palacio del Rey, porque hablava mal de Mahoma; y el bienaventurado Padre con maravillosa macedumbre, y serenidad le bolvió el rostro, y le dixo: Ves aqui el otro carrillo, hierle si quieres, que aparejado estoy para sufrirlo todo por mi Señor Iesu Christo. Y el mismo Miramolin los tentó, y pretendió persuadir que negassen à Christo, y se hiziesse Moros, ofreciendoles riquezas, honras, y los bienes percede-

Primera Parte.

ros de la tierra; y para mas ablandarlos les traxó cinco donzellas muy hermosas, y nobles, con quienes prometió casarlos. Pero como ellos hiziesse burla de todos sus dones, y ofrecimietos, y no dexassen de magnificar la Religion Christiana, y dezir mal de la secta de Mahoma; el Rey salió de sí, y zomando con furor su espada, él mismo los mató con sus manos, abriendoles por medio las cabeças, y despues los degolló, hartandose de la sangre que veia correr por el suelo, y mostrandose zeloso de su ley, vègador de las injurias de su falso Profeta. Desta manera alcançaron los bienaventurados hijos de San Francisco la corona del martyrio à los diez y seis dias del mes de Enero, año del Señor de mil docièntos y veinte, y à la misma hora que doloaron sus mismos espiritus al Cielo, aparecieron en Alenquer à la Infanta Doña Sancha à las onze horas del dia muy resplandecientes, y le avisaron de su gloria, y triunfos; y ella hizo Iglesia del aposento en que tuvo aquel favor de Dios. En acabando de matar con sus manos el Rey barbaro à los Sãtos Martyres, mandó arrojar sus cuerpos, y sus cabeças fuera de la cerca del Palacio, adonde concurrieron los Moros, y con grandes alaridos, y gritos los arrastraron por las calles, y no se hartava de deshonrarlos, y despedaçarlos en vituperio de nuestra santa Religion. Echaronlos à las bestias para que fuesse comidos dellas, y queriendo los Christianos recoger los sagrados cuerpos, fueron sentidos de los Moros, que à pedradas los hizieron huir; el dia siguiènte, y para que no fuesse honrados de los Christianos, hizieron los Moros vna grande hoguera, y los echaron en ella, para que se hiziesse ceniza: mas el Señor los guardó, y vna de las cabeças echada muchas vezes en el fuego, está oy en dia entera, y con sus cabellos se muestra en Santa Cruz de Coymbra, sin alguna lesion, ni señal de fuego. No se convirtieron con este tan gran milagro los Moros; antes rabiosos tomaron las santas reliquias, y arrastrandolas las arrojaron en muladares, y lugares inmundos, y subitamente sobrevino vna espantosa tormenta de relápagos, truenos, y rayos, que parecia avia de destruir la Ciudad; y los Moros, assi por miedo de aquella terrible tempesta, como por ser ya de noche se retiraron, y los Christianos tuvieron lugar

Aa 2 para

para recogerlas, y sacarlas de donde se estaban, lo qual hizieron con mayor facilidad, por aver vntado las manos á algunas guardas, y comptado con dineros aquel precioso tesoro.

El Infante Don Pedro con gran reverencia le puso en vn Oratorio de su casa, suplicando á los Santos Martyres le alcáçassen gracia de Dios para bolver presto, y con bien á Portugal; porque el Miramamolín no le queria dar licencia, y él estava ya caçado de aquella manera de seruidumbre, y cautiverio. Concedióle el Señor al Infante por intercessión de los Santos lo que deseava, porque vn dia el Rey de suyo le dixo, que le dava libertad para bolverse á su casa, aunque muchos de los de su Consejo eran de parecer que no se la diese. Y assi el Infante se aprestó para la partida; pero antes que partiese sucedieron dos cosas notables, que nos enseñan la pureza con que Dios quiere se traten las cosas santas, y lo que aborrece la deshonestidad. Estavan las sagradas reliquias en vn secreto retramiento del Infante, y vn Cavallero, que vivia en pecado con vna muger, quiso subir adonde estavan para hazerles reverencia: aviendo subido la media escalera, quedó allí tullido sin poderse menear: conoció su culpa, confesóse allí luego, y juró de dexar la manceba para siempre, y luego se pudo menear; pero no pudo bien hablar, hasta que le pusieron sobre los pechos vna caça de los Santos Martyres. Otro escudero del Infante solia algunas vezes tocar devotamente las reliquias santas, que se facavan sobre vn escudo suyo: cometió vna vez vn pecado sensual, y queriendo despues del pecado adornarlas como solia, subitamente se levantó el escudo en alto, y tanto que no le pudo alcanzar, hasta que se arrepiñió, y confesó su pecado, que entonces tornaron las reliquias á baxarse, y dexarse tratar del. Cobraron tan gran respeto los Christianos á las santas reliquias por estos milagros, que ninguno offava entrar en la casa donde estavan con conciencia de pecado mortal, aunque fuesse muy secreto.

Partió el Infante para Ceuta, llevando en su compañía por guia, y amparo las sagradas reliquias, y la primera jornada vino hazer noche en vn lugar despoblado, que se llamava Açorra, adonde se oian tantos, y tan espantosos bramidos de leones, que te-

mieron ser despedaçados, y comidos de ellos. Pusieron las reliquias entre su estancia, y la multitud de los leones que veían, y oían, y al punto desaparecieron los leones, y no fueron mas oídos, ni vistos. Llegaron otra vez á vn passo donde avia muchos caminos, sin saber qual dellos avian de tomar, mandó el Infante, que la mula que llevaba aquel tesoro del Cielo fuesse adelante, y que todas la siguiesen. La mula dexando el camino seguido, echó por otro aspero, y fragoso; y assi escapó el Infante de las celadas que en el otro camino le estavan puestas para matarle. Apenas avia llegado el Infante á Ceuta, y embarcadose para passar por el estrecho á España, quando tuvo aviso que era llegado recaudo, y gente del Rey de Marruecos para prenderle, porque aquel Rey impio, y barbaro se avia arrepentido de la licencia que le avia dado; y aunque con algun trabajo, y peligro del mar, por la intercession de los Santos llegaron á Andaluzia á salvamiéto. Y finalmente los embió á Coymbra con buen acompañamiento, adonde llegaron obrando el Señor algunos milagros en el camino por su invocacion. El Rey Don Alonso, y la Reyna Doña Urraca, y toda su Corte con innumerable multitud del pueblo, salieron á recibir las reliquias vna legua de Coymbra, con vna solemne procession. Iba delante la mula que las traía, y guiada de Dios llegó á la puerta del Monasterio de Santa Cruz (que es de Canonigos Reglares de San Agustín) y estuvo allí hasta que se la abrieron. Abierta, entró delante de todos, y puestas las rodillas en tierra ante el Altar mayor, no se quiso levantar, hasta que le quitaron la arca en que iban. El Rey mandó hazer en aquel lugar vn precioso sepulcro, y capilla para honra de los Santos, y el Señor los magnificó mas con los muchos milagros que obió por ellos. Murid la Reyna poco despues, como los Santos Martyres estando en Coymbra se lo avian profetizado (como queda dicho) y desta manera creció la devocion, y veneracion destes bienaventurados Padres, que tan bien supieron pelear, y vencer para ser coronados con eterna gloria del Señor; el qual castigó brevemente á los que fueron en darle la muerte, porque al Rey Miramamolín se le secó la mano derecha, y braço con que

lose

los mató, y todo aquel lado hasta el pie, y tres años no llovió en Marruecos, y su comarca, y hubo tanta esterilidad, y pestilencia, que pereció la mayor parte de la gente del Reyno. El Martyrio destes Ss. Frayles, escrive muy á la larga en el quarto libro de la primera Parte de las Coronicas de S. Francisco, y traele abreviado el P. Fr. Lorenzo Surio en su primer Tomo. Haze mencion dellos el Martyrologio Romano á los diez y seis de Enero, y pusolos en el Catalogo de los Santos Sixto Quarto el año del Señor de mil quatrocientos y ochenta y vno, y docientos y sesenta y vno despues que fueron martyrizados.

VIDA DEL GLORIOSO S. HONORATO Arçobispo de Arles, Padre, y Fundador del Monasterio Lirimensé, Confessor. Compuesta por el Padre Honorato Rio, de la Compañia de Jesús.

ATG. DE ENERO.

EL bienaventurado San Honorato, echado de santos Monges, ornamento, y Sol de la Iglesia Católica, y espejo terço, y cristallino de Predicadores, y Prelados santos, poco de ciencia, luz de doctrina, fuente de eloquencia, río de sabiduria, defensor de la Fè, y ornamento, y martillo de los hereges, escuela del Orbe, oficina de maravillas, sucesor dignissimo de los Santos Apostoles, y focorro inclyto de los ombros de Jesu-Christo S. N. nació en la illustre Ciudad de Arles en Francia, como S. Hilario Arlense, Pedro de Natalibus, y otros testifican; aunque algunos escrivieron q̄ fue natural de Toscana, Provincial de Italia, equivocandose por ventura con alguno de los nueve Santos Honoratos q̄ en el Martyrologio Romano se relatan. Y otros hã dicho que fue de la Asia Menor, hijo del Rey de Nicomedia, y de Doña Elembros, Mora de secta, y hermana de vn Rey Moro de España: lo qual es dificil de creer, porque San Isidoro, que escrivió mucho deste Sãto, fue muchos años antes de la venida de los Moros á España. Salió S. Honorato como azucena, y rosa misteriosa, de padres Gentiles, si bien honrados, y muy illustres, como todos con suave armonia testifica; y no fue el menor de sus nobles, è illustres resplandores, el ser tambien padres de S. Venancio, hermano de San Honorato, y Confessor ilus-

tre del Señor. Hallandose San Honorato en el proceloso, y peligroso golfo de la juventud, prevenido del Señor con sus bendiciones de dulçura, y con la tabla de la consideracion, y ponderacion devota, de quan bien le está al niançebó la carga del suave yugo del Señor quiso por su amor embarcarse en el navio fuerte, y de alto bordo del Bautismo santo, sin que pudiesen estorvarle las variãs, y bravas olas de contradiciones paternales, ni las masas, y marañas de las infernales furias, que de muchas maneras impedirlo procuraron, haziendolo de potencia para retardar, è impedir el curso de su navegacion feliz con las remoras de caças, juegos, y otras cosas con que suelen los enemigos del alma entredar á los mundanos. Embarcado ya nuestro Santo en el Navio del santo bautismo, soplando el favorable viento del Espiritu divino, se hizo á la vela, teniendo las de la devocion tan felizmente, que con el matalorage de abstiniencias, y ayunos, vigiliãs, y oraciones, y otras buenas obras, y espirituales armas, y xarcias de virtudes solidas, y muy heroicas; aportó en breve al puerto de la perfeccion, y admirable fantadã, alentandose siempre á sí mismo con aquellas memorables palabras que refiere San Hilario: *Delectat hac vita, sed decipit.* Deleita la vida deste mundo, pero engaña. Por escapar San Honorato destes engaños, menospreciando todos los deleites mundanos, porque los tenia en nada, como son, abraçado en amor de Dios, y del proximo, se desnudó de todos los averes, y riquezas deste mundo; y repartido que hubo con liberalidad admirable, y santa todo su patrimonio grande con los pobres, dexando (à guisa del Patriarca Abraham) su jocunda, y dulce patria, y parentela, y todas las comodidades, regalos, y delicias de su casa, acompañado de su hermano mayor San Venancio, al qual avia convertido ya para Christo, como dize el Obispo Equilino, se fue á los desertos en busca de vn santo Hermitaño, llamado Caprasio, el qual, como San Hilario testifica, hazia en el yermo de vnãs Islas vida Angelical; y aviendole hallado, quiso hazerse discipulo suyo, juntamente con su hermano S. Venancio, por su humildad profunda, y verdaderos deseos de acertar, y agradar mas, y mas á Dios

Lib. 2. cap. 86.

nues-